

MEMORIA(S) DE UNA CIUDAD COMPLEJA EN CLAVE DE CRÓNICA PERIODÍSTICA

Cleopatra Barrios
Universidad Nacional del Nordeste (Argentina)

Poniendo en relación la dimensión testimonial e interpretativa que interactúan en la constitución de la crónica, con este trabajo pretendemos debatir acerca de los aportes posibles del género al proceso de configuración de memoria(s) local(es).

En esta línea ponemos a consideración algunas reflexiones tejidas en torno a una serie de textos, contruidos a partir de una amalgama de voces e imágenes, que son producto de la práctica de la escritura llevada adelante por estudiantes de la Tecnicatura en Comunicación Social de Ituzaingó, provincia de Corrientes, Argentina (1).

En su constante diálogo con las fuentes y la ejercitación de una mirada y una escucha atenta, aquí los autores se plantean frente a los acontecimientos como testigos privilegiados capaces de describir al detalle escenarios, ambientes y personajes, como así también percepciones y sensaciones que giran alrededor del acontecer pasado que los convoca.

Además de su calidad de testigos, algunos de estos nóveles cronistas se atreven a desarrollar la faceta de intérpretes de lo sucedido. Esto les exige una implicancia en lo narrado que los lleva a definir una toma de postura, entre otros casos, frente a las tensiones suscitadas en torno a los numerosos imaginarios de progreso y de prácticas identitarias ituzaingueñas preestablecidos que habitan la configuración de la ciudad.

En esa instancia, la valoración subjetiva establece un punto de vista que atraviesa las narraciones, dando lugar al arrojamiento de una serie de certidumbres sobre las problemáticas abordadas, pero asimismo a la incertidumbre. Estos textos admiten la afirmación, pero también el “sin embargo”, la controversia.

Esta apertura de la crónica, surgida como un género ligado a la historiografía que luego se echaría a divagar entre los límites de la literatura y el periodismo, tal como sostiene Reguillo “no debilita ‘lo real’, sino lo fortalece”, ya que “posibilita la yuxtaposición de versiones y de anécdotas que acercan a territorio propio, es decir, (re)localizan el relato” (Reguillo, 2000: 61).

Al incentivar la participación del cronista *de* y *en* lo narrado –con el espesor de su mirada atravesada por una historia e intereses personales–, que a su vez se abre a la participación de muchos “otros”, la crónica se aleja de la clausura de sentido. De esta manera “el acontecimiento, el personaje, la historia narrada pierden su dimensión singular y se transforman en memoria colectiva, en testimonio de lo compartible” (Reguillo, 2000:61).

Por todo ello, los textos aquí presentes invitan no solo a pensar la práctica de la escritura de la crónica como instrumento capaz de reconstruir memorias, sino también a las crónicas publicadas como objetos que se constituyen en un espacio/medio de memoria, tal como lo plantea Halbwachs (2004:143); es decir, en una trama compleja que contiene rastros del pasado que se trasladan y emergen en el presente como marcas y marcos de contención y referencia de la memoria social (2).

En este sentido entendemos que su análisis contribuye a repensar la ciudad no como un todo homogéneo, sino como un “paisaje” configurado por matices imaginarios diversos –hecho de consensos y disensos– tanto en su aspecto étnico como político, económico y cultural. Imaginarios cuyas vías “se tornan un camino excepcional para entender el espacio, no solo como geografía, sino como historia y cultura” local y regional (Silva, 2000: 331).

El reverdecer de un género y su capacidad de indagar en los olvidos

La crónica de “alma antigua” tal como la caracteriza Reguillo fue uno de los instrumentos elegidos por la historia para imprimirse en la memoria social. Por ejemplo, *a partir* y *a través* de ella, los conquistadores construyeron una mirada sobre el Nuevo Mundo.

Entre la visión testimonial y la invención imaginaria, plasmaron en sus escritos sobre América aquello que consideraban digno de ser perpetuado y recordado, selección que a su vez es producto de una confrontación de lo percibido *in situ* y la idea previa que tenían de ella, como los intereses políticos e ideológicos que los movilizaron hasta su puerto.

Es decir, es en parte como lo postula De Arriba, lo vivido por el escritor testigo se “sobreimprime encima de lo leído. Pero se trata de una sustitución incompleta porque lo leído es un resto que nunca desaparece del todo” (De Arriba, 2008:6).

En la trama de estas sobreimpresiones discursivas, el asombro del conquistador frente a ese “otro” americano dominó la puesta en escena de los escritos que, incluso, ante la imposibilidad primera de establecer una comunicación lingüística con ese desconocido, se tiñeron de recursos de fábulas y mitos provenientes del Viejo Mundo (3).

Así se configuró el horizonte de fronteras abiertas del género, donde la subjetividad del cronista se pone de manifiesto en la narración como testimonio personal de lo real, articulando el campo histórico, literario y periodístico.

De esta manera la crónica se transforma en la voz de quien narra y que se presenta en diálogo con otros, conformando un intertexto. Y para concretar su materialidad, el autor recurre a su memoria y las ajenas para evocar, revivir y seleccionar los acontecimientos pasados de los que quiere dar cuenta. En ese proceso, aunque tanto la memoria como la crónica se reclaman “objetividad” en la reconstrucción de los hechos, ambas son atravesadas por la dimensión interpretativa. En el caso de la primera, ello le implica el tratamiento imaginativo del recuerdo condicionado por contextos específicos (4), y en la segunda, la arroja a arriesgar una tesis sobre lo sucedido.

Sin embargo, lo revitalizante del aporte de la crónica se encuentra en la capacidad de prestar atención en las faltas o fallas del recuerdo (5). Es decir la capacidad de indagar en la “densidad simbólica de los olvidos” que se delatan en los vacíos del mural de los recuerdos.

Ello implica la inclusión del cotejo de una diversidad de fuentes, en términos de Reguillo “la yuxtaposición de versiones”, lo que nos permite “entrelazar memorias de modo que podamos, a su vez develar las trampas patrioterías”, que nos tiende la sola consideración de una memoria hegemónica (Martín-Barbero, 2001).

Siguiendo esta consigna, y en parte a modo de reacción y respuesta a esos imaginarios estereotipados contruidos desde Europa sobre la realidad latinoamericana, los cronistas contemporáneos del nuevo continente retomaron las bases de ese género que se gestó con las crónicas de Indias, para dar cuenta de la compleja y heterogénea realidad de esta parte del mundo que se ha intentado homogeneizar en el plano de la representación.

Mientras “las crónicas del Descubrimiento, Conquista y Colonización se escribían desde la otredad, la crónica contemporánea reformula este concepto puesto que ella es lo otro en sí misma” y a diferencia de aquellos cronistas, los contemporáneos no erigirán su voz como “única y monolítica, sino personal” sin que dejarán que el “lector reconstruya su visión de lo narrado porque lo que ofrece es la visibilidad de lo escondido” (Cabrol, 2009:3).

De esta forma, la crónica de “alma antigua” recobrará vigencia en nuestros tiempos y demostrará que por sus venas corre sangre joven. Más se da su reverdecer influenciada por al menos dos fenómenos, según cita Jezreel Zalazar:

- 1) La conformación de lo que Anette Wiewiorka denominó “la era del testigo” (1998). Nos encontramos en una época en la cual dejar testimonio de los distintos regímenes de terror que se vivieron en el siglo XX (...) A este interés por la transmisión del pasado como elemento fundamental para intentar comprender qué sucedió y para evitar que los crímenes del pasado ocurran de nuevo, Andreas Huyssen lo ha denominado “el estallido de la memoria” (2002) (...) Este giro hacia el pasado ha puesto en el centro de discusión aquellos discursos útiles para la reconstrucción del recuerdo, entre ellos, la crónica, género capaz de dejar constancia de lo ocurrido, y en ese sentido propicio para participar en la construcción de una memoria común.
- 2) La crisis en las formas de representación, la crisis de los modos de narrar y concebir el relato (...) Frente al descrédito de los llamados “metarrelatos”, se revaloraron aquellos discursos que no pretendían dar explicaciones totalizadoras a la realidad, y que emergían de lugares de enunciación marginales. Entre este tipo de formas de escritura se halla la crónica (Salazar, 2005).

Por estas, entre otras razones, la crónica recobra vigencia y en su “estar allí”, como dice Reguillo es capaz de “recuperar el habla de los muchos” y tal como la afirma Caparrós debe ser capaz de ejercitar la “mirada extrema”, “se permite la duda”, “es el periodismo que dice yo” y lo firma y también “es la forma de pararse frente a la información y su política de mundo: una manera de decir que el mundo puede ser otro. La crónica es política” (Caparrós, 2007).

(Re)memorar para pensar la configuración de una ciudad compleja

A nuestro entender y a la luz de los conceptos hasta aquí citados, (re)memorar en clave de crónica periodística implica generar un espacio de expresión (política) de ideologías o deseosa través de la palabra. Como también sabemos, la palabra genera un orden, un mandamiento, y quien detenta el monopolio de la palabra es también quien detenta el poder, es decir, quien detenta el sentido del mundo que se apoya en ella. Por ello, “cronicar” *en* y *desde* Itzuaingó persigue el interés básicamente de retomar la palabra y garantizar que, en lo posible,

la mayoría de los sectores sociales se atrevan a tomarla a fin de recrear imaginarios (6) diversos sobre el orden y el sentido de su realidad compleja.

En esta línea, Silvia Leiva se construye hondamente implicada y construye a los “otros” (familiares, vecinos, ituzaingueños) en un relato situado. *Crónica de mi infancia* es el título del trabajo que habla del barrio Centro, percibido y vivido por Silvia niña, allá lejos y hace tiempo, y actualizado hoy en su escritura producto de la (re)memoración:

Mi barrio Centro creció sin que nadie supiera cómo, cuándo, dónde o por qué...
 Ayer, era un lugar lleno de árboles frutales, que formaban una hilera. También había un yuyal. Enfrente vivíamos nosotros, los Leiva-Troncoso. Entonces, nada hacía presagiar el cambio. De pronto apareció el progreso.
 Para lotear terrenos, se fueron echando los árboles, y limpiando los baldíos.
 Comenzó a llegar “gente nueva”. Compraron el terreno que estaba frente a mi casa.
 Era toda una novedad ver cómo se instalaban los Centurión; después vinieron los Martínez.
 Los ranchitos pronto se convirtieron en casas de material.
 Los pozos de agua se sustituyeron por los servicios de canilla; y las letrinas por baños instalados.

En su narración, Silvia reconstruye las transformaciones de la fisionomía de su barrio, proponiéndolo, casi sin pensar, como un punto espacial neurálgico desde donde mirar el paso del Ituzaingó rural al Ituzaingó urbano que luego comenzaría a configurarse como ciudad. Pero asimismo, esboza la reconstrucción de fragmentos de recuerdos atravesados por la densa historicidad de una cultura, a su vez signada por determinados valores como el trabajo, la amistad, la colaboración de los niños en el hogar, la religiosidad y el respeto a los santos, el sentido de autoridad de la voz paterna y prácticas relacionadas con el juego de niños, códigos de educación, control y comunicación en la familia y en la vecindad:

Los pobladores de Ituzaingó eran personas trabajadoras. Desarrollaban tareas de más de ocho horas diarias en sus respectivos puestos. Mi padre Ramón era uno de ellos; no faltaba nunca al correo, su lugar de trabajo. Si tenía que cubrir a alguien, lo hacía. “Si no, para que están los amigos”, decía.
 Cuando comenzaron la construcción de nuestra casa mis hermanos y yo también ayudábamos acarreando arena con los baldes de playa. Así nos sentíamos útiles y de paso “no molestábamos” a los que trabajaban y don Oscar, el constructor, estaba agradecido.
 Nuestro juego preferido era hacer de periodistas. Yo era “la francesa”. Recortaba el periódico de mi padre no bien llegaba ya que si Helen, mi hermana, lo hacía, yo no tendría primicias. Cuando papá volvía del trabajo se armaba la bronca porque su diario estaba destrozado. Para que dejemos su diario en paz, un día él nos compró una bicicleta; luego los patines, pero igualmente no podíamos dejar de recortar.
 Papá también nos entrenó en el fútbol. Jugábamos en la calle de arena, frente a casa. Mamá estaba feliz porque de ese modo estábamos “controlados”, decía.
 Claro, éramos una fábrica de hacer macanas. Un día, mientras ella preparaba el almuerzo, se nos ocurrió una idea brillante: sacar de

procesión a sus santos por el centro; llevamos puestos sus vestidos, sus zapatos, y para completar nuestro atuendo y el de nuestros amigos vecinos, llevamos sábanas como manto, para representar al cura. Todo iba bien hasta que la “chusma” del barrio (Delia) le fue con el cuento:

—Elba, tus hijos y los de Ignacia están llevando de procesión a tus santos. Todos llevan uno... ¡Pero, chamiga! ¡Corre y alcánzalos, que los van a romper! Están por la calle Buenos Aires, frente a Garay.

—¡Pero, comadre! Ellos recién estaban aquí... jugando a la pelota ¡Ahora van a ver!

Mamá, Elba, salió corriendo junto con su comadre, la nana, el peón del patio, avisando a Ignacia de paso, y juntos fueron a buscarnos.

Después de rezar por todas las calles, vinieron los cintarazos. No nos salvamos ni ahí.

“Con los santos no se juega”, dijo Mamá. “Ya van a ver cuando venga su padre”, amenazó.

Cuando vino mi padre, obviamente, mamá le contó el suceso, y él no podía aguantar la risa que le ocasionaba, apenas ocultándolo, dijo: “Ustedes tienen sus juguetes para jugar. Les dije que no salgan a la calle porque es peligroso. Hay personas que no son del pueblo y no los conocemos”. Y agregó: “¡Están castigados! Nada de juegos”.

Teñida de una expresa emotividad y algunos dejos de nostalgia, la crónica de Silvia recuerda los cambios físicos, la condición material de su lugar que poco a poco “se hace centro” cuando se convierte en un espacio de identificación y expresión socio-cultural. Asimismo da cuenta del ensanchamiento de esa experiencia a través del desplazamiento de ese centro de referencia hacia las antes inhabitadas zonas de la periferia:

¡Mi barrio Centro! Añoro esos días en que el servicio de luz eléctrica se extendía solo de 7 a 22 horas. Podíamos dormir tranquilamente en el patio, sin temor a nada, bajo la luz de las estrellas. En las noches de verano formando una rueda alrededor del fogón, contábamos cuentos.

Pero un día todo cambió, para bien o para mal. Ya no teníamos corral, gallineros, chanchería, ni carpinchos guachos, ni ñandú. Claro, no se podía tener animales en pleno centro. Me acuerdo que cuando mataban a uno de ellos, rompíamos en llanto ¡Ni ahí que lo íbamos a comer!

Comenzaron a llegar los camiones con materiales para la construcción. Decían que se construiría una represa, en el salto Apipé. Comenzaron los movimientos de suelo, construirían 2000 viviendas, y así todo cambió.

Más allá de que extraño lo que ya no está, estoy feliz por mi pueblo y por mi barrio. Se fueron transformando poco a poco en lo que es hoy: un barrio que a pesar de todo mantiene la tranquilidad.

Los Martínez, los Centurión, los Rosellis, los Cristofanis, los Oporto y mi vieja continúan viviendo allí.

Las calles ahora son de adoquines. Frente al polideportivo se construyeron las 231 viviendas y luego llegaron 2000 más en diferentes barrios.

Se llevó a cabo la obra del siglo: la represa Yacyretá, en los saltos Apipé. Y en el pueblo, se abrieron calles, se hizo la costanerita, museos y otras instalaciones más.

Ya no están con nosotros físicamente, mi viejo, don Centurión, Zeni Oporto, pero sí en espíritu.

¡Mi barrio! ¡Mi dulce y amado barrio! Hoy tengo nostalgia de estar allí. Al casarme fui a vivir a otro, el de las Mil Viviendas, pero nunca dejé de volver para visitar a mi madre que sigue viviendo allí, donde nació. En mi barrio Centro.

El punto de vista de Silvia nos brinda una de las direcciones posibles *desde y hacia* dónde mirar para reflexionar sobre la construcción de lo urbano de la ciudad. Además, lo interesante de su visión testimonial situada –que se construye a partir de la puesta en práctica de un activar de recuerdos sostenidos por conversaciones diversas y un reencuentro con las huellas del pasado materializadas en fotografías históricas (7)– es que rescata el protagonismo de los referentes vecinales, identificando cada uno de los núcleos familiares, y revaloriza la convivencia en los primeros tiempos de poblamiento, así como el rol de la cultura de participación comunitaria en la configuración de una memoria e imaginario barrial.

En términos generales, tal como se puede leer en este relato, en contraste con otras narraciones existiría un principio de acuerdo sobre una idea que predomina en el imaginario ituzaingueño: la concepción de la represa binacional Yacyretá como una obra bisagra que signó el aceleramiento de los cambios en el lugar, un antes y un después.

Ello se resume de alguna manera en el texto *Historia, progreso y energía*, de Carlos Sosa, a través del rescate de las palabras del historiador local Miguel Raúl López Breard quien dijo: “Ituzaingó antes de la represa no era más que lo que pudo haber crecido y desarrollado entre un lapso que va desde 1870 a 1950”. El escritor en la entrevista comentará cómo la decisión de avanzar con el aprovechamiento de los saltos de Apipé por el año 1958 apresuraría la metamorfosis de la ciudad, conllevando la modificación de formas de organización y los modos de reapropiación de tradiciones, costumbres y la sociabilidad entre habitantes “nativos” y “foráneos”, marcada por consensos y divergencias (8).

En este sentido, Celeste Verón, en el texto *Identidad Ituzaingueña*, inicia un recorrido de lectura que intenta unir las nociones de memoria e imaginario con la de identidad, partiendo de esa bisagra que implicó Yacyretá, en torno a la que habría, al menos hasta aquí, consenso general:

Desde 1958, a partir de un acuerdo entre Argentina y Paraguay, la historia de la ciudad de Ituzaingó, mi ciudad, comenzó a cambiar.

Vale antes decir, para quienes no la conocen, que Ituzaingó se ubica en el noreste de la provincia de Corrientes, sobre la Ruta Nacional N.º 12 a la altura del km 1256; y su nombre, significa “salto de agua, catarata o cascada de agua”.

Primeramente la población tenía un perfil ganadero y portuario, las calles de mi pueblo eran de arena y las casas humildes, con escasos lujos. Era un pueblo tranquilo, donde cada uno se ganaba la vida con los recursos que tenía a mano. Sin embargo, en 1958 comienza a tomar fuerza e importancia el Proyecto Yacyretá, firmándose en enero de ese mismo año el convenio entre Argentina y Paraguay.

Después, con la represa de Yacyretá, que comienza sus construcciones en 1978, se produce la llegada y la radicación de personas provenientes de diversos puntos del país y del extranjero, provocando un acelerado crecimiento demográfico y un “precipitado modernismo”. En este sentido, la población comenzó a definir un nuevo rol económico y social basado, fundamentalmente, en esa gran obra en construcción.

En tanto, mientras las familias iban llegando a Ituzaingó, la falta de infraestructura y la carencia de viviendas motivaron que los alquileres costaran muy caros. Esto originó que finalmente se construyeran dos barrios: Villa Transitoria, que se ocupó como vivienda del personal de mantenimiento de Turbinas de la EBY y las 180 viviendas.

La puesta en contraste de relatos permite pensar en la dinámica compleja de la configuración de imaginarios sobre la localidad. Solo ese diálogo entre los diferentes fragmentos de textualidad al interior de cada crónica y en su relación con otras crónicas, otras discursividades con las que se entrama (9), permite *visibilizar* los diversos modos de *pensar* la ciudad y *pensarse en ella*.

En este sentido, por un lado, se evidencian lecturas que realzan lo positivo de la huella que dejó la transformación acelerada de la ciudad –de cómo desde un “Centro” se percibió el surgimiento de otros centros, el nacimiento de nuevos caminos y proyecciones por los que pasa el sentir y el vivir del ituzaingueño–, y, por otro, surgen lecturas, como las de Celeste que además dan cuenta de las marcas de tensiones, resistencias y rupturas producto de los procesos de desplazamientos que implicó tal transformación:

Con el estudio de la construcción de la represa se determinaron las áreas para ser ocupadas por los diferentes equipamientos e infraestructuras necesarios para la construcción de la obra. Pero esto provocó la expropiación de terrenos y la construcción de dos grupos habitacionales para la relocalización de 150 familias: uno conocido desde un principio como barrio 180 Viviendas y a partir de 1983 denominado barrio Islas Malvinas –en él se asentaron las primeras familias que vivían en el barrio “Mbatará”, actual Villa Permanente–; el segundo es el 15 Viviendas, ubicado al lado de la terminal de ómnibus –cuyos moradores son familias que vivían en las islas que en el futuro iban a quedar bajo agua con el llenado del Perilago de Yacyretá–.

Este proceso deja entrever, que más allá de las nuevas oportunidades de trabajo y desarrollo, la otra cara de la moneda fue la dura realidad que le tocó vivir a una importante fracción de la población autóctona.

La construcción del embalse de la represa causó el desplazamiento de más de 80.000 ciudadanos argentinos y paraguayos, y alteró el estilo de vida de más de tres generaciones de personas. Miles de casas fueron demolidas y sus habitantes que solían vivir cerca del río fueron trasladados a más de 10 kilómetros de este, alterando sus actividades económicas y provocando un doloroso desarraigo. La exclusión terminó determinando sus identidades.

La economía y los modos de vida de los afectados fueron paulatinamente modificados por la represa, y se eliminaron oficios: pescadores comerciales y de subsistencia, fabricantes artesanales de ladrillos y tejas, recolectores de juncos para techar quinchos, lavanderas, dueños de pequeños astilleros, agricultores, tanto de la margen paraguaya como de la argentina, en las provincias de Misiones y Corrientes. Dicho de otro modo, debajo de las 100 mil hectáreas inundadas, han quedado historias, culturas y parte de la identidad del pueblo ituzaingueño.

De esta manera, Celeste reflexiona y su enunciado cruza fronteras al encontrarse y tomar la decisión de introducir en su narración la voz ajena que abre puertas a la multiplicidad de memorias (10). Se presenta así como el relato que se acerca al territorio propio, tal como dice Reguillo, este se (re)localiza. Y valga la redundancia pero en sentido diverso, rescata la voz de un relocalizado:

Tal es el caso, y la historia de “Coco”, un humilde trabajador, olero, de aire digno, y sencillo. Se dedicaba día a día a la fabricación artesanal de ladrillos y ya no pudo seguir sustentando su vida del modo en que lo hacía en las cercanías de Ituzaingó. Tampoco sus hijos pudieron seguir con el oficio y están todos desocupados. Él junto a su familia y como tantos otros fue “relocalizado” con motivo de las inundaciones que generó la represa.

“El desplazamiento empieza como un quitarte del río, que es tu fuente de trabajo. La mayoría éramos trabajadores autónomos. Todos trabajábamos en la forma propia de destajo, principalmente con la pesca y los ladrillos. De acuerdo con sus necesidades cada uno producía, vivía bien y no tenía necesidades. Al ser sacados de forma inesperada, al ser cargados en camiones en forma involuntaria, y llevados a casas de muy poca calidad, sobre terrenos movedizos de bañados, te obligan a vivir ahí donde no hay sombra y no hay agua. En la costa había agua gratis. En estos lugares está la obligación de pagar agua, luz, en una vivienda que no es nuestra, que hay que pagar y que por aceptarla, se renuncia a todo reclamo a los gobiernos y a los bancos que financiaron la obra”, sostiene.

Coco sigue con su relato, un poco nervioso, inquieto, tal vez intentando encontrar las palabras justas para explicar por lo que les tocó pasar a él y a una comunidad, que no se vieron beneficiados por la represa. Uno de los principales lugares afectados fue la isla Yacyretá que estaba habitada por pescadores, pequeños ganaderos y agricultores que combinaban sus actividades, y era, además, parte del territorio ancestral de la comunidad Mbya Guaraní. A algunas familias les fueron entregadas casas, donde ubicaron grupos de a quince personas en dos ambientes, edificadas una al lado de otra en tierras improductivas. Los llaman campos de concentración. Muchos no pudieron soportarlo y volvieron al borde del río. Otros están viviendo en basurales. De este modo el reclamo a la Entidad Binacional de Yacyretá es, según los pobladores, por “el robo de sus casas, sus tierras, su salud y su futuro”. Coco cuenta que la Justicia les reconoce hoy la afectación desde agosto de 1994 para acá. Pero señala que las pérdidas que sufrieron los trabajadores fueron cuantiosas. “En principio hubo una ley que aplicaba el principio de ‘no innovar’, que imponían al costero. Esto significaba que no podías cambiar una teja o un ladrillo en tu casa. De este modo frenaron a una generación. Por eso es difícil calcular la cantidad de afectados. Las familias iban creciendo y se iban colocando al lado de sus padres. Por 30 años frenaron la posibilidad de que esa población costera se desenvuelva. Como el censo fue hecho en los 80, los bebés de esa época ahora tienen todas sus respectivas familias. Yacyretá hoy nos obliga a subir a un camión, nos lleva a una pequeña casa y no reconoce ‘la familia derivada’”.

Esta crónica confirma el hecho de que las mega obras no se pueden concebir alejadas de la generación de cambios socio-ambientales, pero asimismo, la autora en el análisis de la situación general reafirma los innumerables beneficios que ellas son capaces de ofrecer, planteando así en la exposición de su razonamiento un dilema entre desarrollo y consecuencias (impactos) que engendra o trae consigo aparejada la modernidad:

Nos encontramos frente al dilema del desarrollo, de la evolución, y sus consecuencias. El “a costa de qué” conseguimos lo que tenemos y somos. Por un lado, cientos de puestos de trabajo, el desarrollo de un pueblo que ha llegado a convertirse en ciudad y hoy está identificada con el turismo; y por el otro, es inevitable no querer escuchar las voces

de los más débiles, que en algún momento sufrieron el desarraigo de lo suyo. Y tal vez no tuvieron la oportunidad de expresarlo, de hacerse oír. Pienso que no solo se trata de cuánto dinero les dan por su propiedad a estas personas, sino de cómo le solucionarán su vida, que solía basarse en ciertos elementos básicos que les fueron quitados. Fue un cambio en su modo de vida. El río solía ser el centro de la vida de la comunidad y ahora, al haber sido mudados a la fuerza, perdieron su principal fuente de ingresos y alimento. Se destruyeron miles de puestos de trabajo a pequeña escala para proveer energía a los grandes centros urbanos.

A pesar de estos testimonios, no se puede negar, que si deseamos el desarrollo, este implicará cambio y consecuentemente traerá efectos positivos y otros adversos. La represa fue la gran impulsora del desarrollo en Ituzaingó, pero acrecentó un perfil negativo de la diferencia, de la exclusión de personas, de traslados impuestos, desarraigos dolorosos y alejamientos.

Muy a pesar de todo esto, en cierto punto, hemos crecido, y la cultura ituzaingueña sigue vigente, así como su gente, sus costumbres y tradiciones que se revalorizan cada año a través de las domas, cruces de brasas, fiesta de la Yerra, comidas típicas, el sapucay, los mitos y leyendas, la lengua guaraní y las artesanías. Impulsando y promocionando el desarrollo de lo local.

Tal vez, considerando todas las variables y voces, podamos construir la identidad que defina lo que fuimos, somos y queremos ser como ituzaingueños; encontrando el punto que nos una como pueblo, como poseedores de una cultura y una historia que nosotros mismos construimos día a día.

En el espesor de su permanente reconversión, la crónica de Celeste manifiesta la imposibilidad de enfrascar en un constructo hegemónico los múltiples imaginarios que condensa y que hacen a su ciudad. Ituzaingó, como espacio en transformación, presenta matrices culturales tradicionales y modernas que lo atraviesan y que reemergen en las narrativas para dar cuenta de los encuentros y mestizajes. Porque la ciudad, tal como lo afirma Armando Silva (2006: 201-203), no solo se reconoce por el espacio físico-natural y por lo edificado, sino también por sus expresiones. En este sentido, rescatamos de Adriana Figueroa su texto *El fuego de la fe*, en el que describe marcas de identidad del ituzaingueño, su profunda religiosidad y su creencia ligada a la devoción de su santo patrono:

Era una noche helada en la ciudad de Ituzaingó, pero a pesar del frío todos asistieron a la fiesta patronal más esperada del año. ¿Quién alguna vez no se preparó para el cruce de brasas?, más allá de que llegada la hora se haya animado o no a realizar tal proeza; es más, hasta yo tenía ganas de cruzar contagiada por la fe y el espíritu que rondaba esa noche por todo el lugar.

Todo estaba dispuesto. Por un lado, el fuego ardiendo lentamente, por el otro, las brasas esperando a los fieles de San Juan Bautista. Y él, ahí en la fila, en el primer lugar, con el alma dispuesta. Pero a lo lejos se podía vislumbrar su cuerpo acobardado, que vacilaba en la fe y de a ratos parecía que intentaba retroceder. La multitud lo miraba con compasión, tal vez pidiéndole a Dios que le permitiera demostrar su fe.

Sus pies comenzaban a sentir el frío de la víspera del 24 de junio. Su corazón latía cada vez más fuerte frente al calor de las llamas. Su espíritu desafiante miró con firmeza el fuego buscando en él ese valor que le faltaba para cruzar las brasas. En ese momento, recordó los favores recibidos por la gracia del santo de su devoción.

Luego, ante la mirada atónita de los espectadores, cerró los ojos y comenzó a deslizarse sobre las cenizas calientes. Cuando reaccionó, abrió los ojos, y pudo ver que se encontraba al final del camino de fuego. Respiró fuerte, sintió una mezcla de paz y alegría y esa fue su forma de agradecerle a San Juan por el don de la vida, la salud, el trabajo y el pan de cada día.

Los fieles tienen razón cuando dicen que si el fuego de la fe se encuentra en tu corazón no existe dolor físico que pueda causarte temor.

Ciertamente el cruce de brasas en honor a San Juan no es el único símbolo aglutinador que encarna la identidad local, pero sí quizá uno de los más intensos, porque es una práctica que se refuerza por la recurrencia de su presencia más allá del paso del tiempo. Así también, la pesca sobresale como una de las actividades a las que se aferró el lugareño, no solo para subsistir sino para reforzar su relación con su sitio de pertenencia, con el río, con su fauna, configurando así un perfil lleno de destrezas y saberes que le permite moverse en ese entorno y que lo distingue, lo distancia de los habitantes de otros paisajes pero a su vez lo asimila, lo acerca a los pares que comparten su territorio. Un perfil que bien describe Carlos Sosa en su crónica *Pescador del Paraná* y en torno al cual se formó una fiesta que intenta perpetuar o al menos prolongar su existencia. La fiesta que luego tomó forma de concurso, reapropiado por el turismo como atractivo, lleva en su origen germen propio de un hecho social de expresión ritual y simbólica, de tradiciones que se sostienen pero que también se modifican, que le dan forma a las identidades colectivas de la región siempre sujeta a reconfiguraciones:

La mañana dominguera no era de las mejores, aunque el día anterior el sol pegó fuerte, ese día las nubes y un viento frío casi indomable quedaban como resabio de la lluvia caída la noche anterior.

Aun así, desde muy temprano, desde todos los puntos de la ciudad las lanchas tiradas por perezosas camionetas, enfilaban hacia la zona costera. Los hombres, aunque con movimientos lentos y con las manos heladas, preparaban sus elementos para ir en busca del “matungo del Paraná”. Es que en Ituzaingó era jornada de pesca: el domingo número 17 del Concurso de Pesca del Surubí.

“Más despacio. ¡Cuidado, cuidado!”, dirigía Carlos desde la caja de la camioneta que manejaba Sergio, cuando bajaban la lancha al río.

El viento hace de las suyas. Las autoridades dijeron que había que esperar. “Es que el río está muy picado y es peligroso”, se corría el mensaje, como ese mate amargo número no sé cuánto que era acompañado con chipas o alguna bebida espirituosa.

Miraban al río y al cielo, al cielo y al río. Así una y otra vez como una ceremonia de reverencia. Es que la impaciencia a los pescadores, paradójicamente, los hacía deambular por toda la playa.

¿Rezaron? ¿Pidieron? Vaya a saber qué, pero a las diez más o menos y con las nubes escurriéndose y el sol a pleno dieron la voz de largada. No bastaron más de cinco minutos para que las lanchas se esparcieran por el Paraná, como perlas en una alfombra de plata que reflejaba incandescente al astro rey.

La quietud y la paciencia se apoderaron de toda la muchedumbre que en tierra firme trataba de recibir noticias.

“Ya salió el primero”, decía alguien. “Parece que fue cerca del naranjito”, sentenciaba dando referencias del lugar. Otro más precavido refutó: “Pero en la radio no dijeron nada”. Es que en el predio estaba una emisora radial llevando las instancias del torneo y acercando a los

costeros al río y a los de cada lancha con su gente que los esperaban en la costa.

El día ya abrió las puertas a la tarde, y el sol a pleno ya no dejaba ni el recuerdo de lo que fue esa mañana fría y nublada, y eso que solo pasaron ocho horas.

Un bombazo cerró el torneo y llamó a los pescadores hacia la costa. Las familias rápidamente taparon la arena de la playa, ávidos de ver quienes fueron capaces de estar cara a cara con ese pintado cabezón, tanpreciado para platos exquisitos. Las embarcaciones llegaban a la costa como hormigas al dulce de leche derramado.

En los rostros enrojecidos por la labor del sol se podía ver el cansancio que contrastaba perfectamente con la alegría del pescador. Esa alegría que atenuaba hasta disipar la burla hecha por el pez al no poder ser atrapado.

El locutor hizo subir al podio a los ganadores eran de la Barra “Pacú Yapú”, experimentados en este tipo de menesteres. Un título más para alardear entre sus amigos. Es que al pescador poco le importa las dificultades, son ganadores en compartir, estar en el río, su lancha y los amigos, una caña y un poco de agua y son felices.

El concurso número diecisiete llegó a su fin. “Estamos muy contentos y tenemos un saldo más que positivo”, dijo alguien de la organización a la prensa ansiosa por obtener los resultados. Al mismo tiempo expresó: “No tuvimos inconvenientes, más que el retraso de la largada que fue solo por seguridad” y, para aseverar el optimismo concluyó: “Mañana ya nos ponemos a trabajar para el próximo encuentro teniendo en cuenta el éxito de este año”. Es que más de novecientos hombres regresarán a sus casas con la intención de volver dentro de un año, porque son pescadores de amistad, de vivencias, de hazañas, de locuras (...). Son pescadores del Paraná.

Manifiesto en favor de las *memorias* y contra las *desmemorias*

Contó el escritor uruguayo Eduardo Galeano que cuando se separó de su mujer, Graciela, dejó en Montevideo la casa intacta. No se llevó nada y a la vez todo lo que para la memoria era digno de ser recordado. En su libro *Días y Noches de Amor y de Guerra*, él señala que emprendió camino “hacia lo no sabido” sin carga. Salvo que lo persiguió la memoria y entonces esbozó:

La memoria guardará lo que valga la pena. La memoria sabe de mí más que yo; y ella no pierde lo que merece ser salvado. / Fiebre de mis adentros: las ciudades y la gente, desprendidos de la memoria, navegan hacia mí: tierra donde nací, hijos que hice, hombres y mujeres que me aumentaron el alma (Eduardo Galeano, 2000: 8).

Este magnífico fragmento apareció en 1978, en el libro producto del exilio de Galeano en España en los años de la dictadura en la Argentina. Algunos señalaron que la obra “es una extensa crónica autobiográfica, un testimonio íntimo” y otros, como Avilés (2009), entendieron que con él este autor recuperó “su fallida vocación de artista plástico, para construirlo pintando cuadros verbales de hondo aliento poético, cuadros independientes entre sí pero vinculados con el tema general de la nostalgia, de la derrota, del desgarramiento, pero nunca de la desesperanza”.

Releyendo sus aportes, como los de Rodolfo Walsh, Roberto Arlt, y tantos otros, este trabajo que rescata escritos humildes pero profundamente situados se permite reescribir el

manifiesto en favor de las memorias y en contra de las desmemorias junto al texto *Memorias y desmemorias* que el propio Galeano publicó en 1997.

En esa línea, con la revalorización del trabajo de jóvenes cuyos nombres no gozan de prestigio pero que ensayan la construcción de miradas interconectadas y que incluyen una multiplicidad de voces, perspectivas e imaginarios, nos manifestamos en contra de aquella memoria unitaria, como la del poder que nombra Galeano y que “sólo escucha las voces que repiten la aburrida letanía de su propia sacralización. Mientras que ‘los que no tienen voz’ son los que más voz tienen, pero llevan siglos obligados al silencio” (Memoria mutilada).

Con dar a ver las crónicas (re)localizadas, implicadas, comprensivas y que se hacen cargo de la densa historicidad de los temas que abordan, también nos expresamos en contra de “la cultura del desvínculo” que con el auge de la inmediatez y la fragmentación “nos adiestra para creer que las cosas ocurren porque sí. Incapaz de reconocer sus orígenes” (Memoria rota); así como de la “historia muda” porque “por mucho que la quemem, por mucho que la rompan, por mucho que la mientan, la memoria humana se niega a callarse la boca” (Memoria porfiada); y de la amnesia (Mala memoria).

Y entendiendo a la crónica como texto abierto, activo, dialógico, crítico e imaginativo, nos proclamamos a favor de “la memoria que no contempla la historia, sino que invita a hacerla, más que en los museos, donde la pobre se aburre, la memoria está en el aire que respiramos. Ella, desde el aire, nos respira (...)”. Esa memoria que “es contradictoria, como nosotros. Nunca está quieta. Con nosotros, cambia (...) Quiere ser puerto de partida, no de llegada. Ella no reniega de la nostalgia, pero prefiere la esperanza, su peligro, su intemperie” (Memoria viva).

Notas

(1) Las crónicas que se rescatan surgen de los debates en torno a la memoria local llevadas adelante por los autores en el contexto de aprendizaje de la Tecnicatura en Comunicación Social orientada al Desarrollo Local del Instituto Superior de Formación Docente Gobernador Virasoro subsede Ituzaingó de los cuales tomé parte. La propuesta de seleccionar e hilvanar en una trama reflexiva estos escritos de 2011 también responde a preocupaciones surgidas en el marco de mi proyecto de beca doctoral financiado por CONICET y un proyecto de equipo mayor denominado *Memoria e Imaginario del Nordeste Argentino. Escritura, oralidad e Imagen* (PICTO - UNNE 130). ANPCyT. Directora: Mariana Giordano.

(2) Considerando el componente interpretativo del recuerdo, no hacemos distinción aquí entre los conceptos de memoria individual y colectiva y más bien rescatamos la memoria social como producto de un mutuo diálogo entre las precedentes. “De la misma manera que toda experiencia vital de un individuo constituye una experiencia colectiva (Hobsbawm, 1998), no hay algo así como una memoria individual frente a una colectiva; en un sentido, toda memoria es social” (Mudrovic, 2005: 115).

(3) Leer más en Cabrol (2009).

(4) Halbwachs sostiene que las imágenes recordadas no son evocaciones de un pasado real sino representaciones de él, y que la forma que la representación adquiere depende del contexto social que la resignifica. Mudrovic, quien lo cita, insiste en que esto “no significa que la fuente oral carezca de toda referencia de la realidad, sino que se pone de relieve su aspecto como recurso interpretativo. En este sentido los errores factuales son tan significativos como los olvidos o las referencias exactas” (Mudrovic, 2005:116).

(5) Se coincide con Hobsbawm cuando sostiene que nunca se realizará un uso apropiado de la historia oral hasta que “determinemos qué puede fallar en el recuerdo, del mismo modo que hemos determinado qué es lo que puede salir mal cuando se copian manuscritos a mano” (1998:209).

(6) Los imaginarios configuran constructos sociales que expresan por ideologías y utopías y también por símbolos, alegorías, rituales y mitos; estos elementos plasman visiones de mundo, modelan conductas y estilos de vida, en movimientos continuos o discontinuos de preservación de la orden vigente o de introducción de cambios (Baczko, 1984: 54).

(7) Se destaca el rol de la fotografía como “soporte y disparador de memoria” que se actualiza en la práctica de la escritura. Silvia acude a los álbumes y a las fotos de familiares guardadas en las cajas para leer en ellas algo que “ha sido” a partir de lo que “está siendo” en el momento de su recepción. “En esta experiencia de la mirada interviene la memoria y con ella lo que Ricoeur (2000) denomina *fenomenología del recuerdo como momento objetual de la memoria*: el recuerdo como algo que aparece, algo pasivo o como algo que se busca, como objeto de una búsqueda (rememoración)” (Reyero, 2007:1-2).

(8) El texto completo de esta crónica que no reproducimos, así como otras pueden encontrarse en www.graficaituzaingo.blogspot.com.

(9) Así planteados, estos textos son considerados “fragmentos de la semiosis social”, en tanto que el discurso es una configuración espacio-temporal de sentido. Los objetos que interesan al análisis aquí se presentan en una trama de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de producción y de reconocimiento (Verón, 1986:126)

(10) Siguiendo a Martín-Barbero (2001) en su crítica del tratamiento informativo despojado de memoria que realizan los medios colombianos, adherimos con él a la noción de que “no hay posibilidad de un discurso que recuerde de verdad sin que la palabra guarde cicatrices” (...) No hay memoria sin conflicto, porque nunca hay una sola memoria, siempre hay una multiplicidad de memorias en lucha (...) lo que significa que por cada memoria activada hay otras reprimidas, desactivadas, enmudecidas, por cada memoria legitimada hay montones de memorias excluidas”.

Bibliografía

- AVILÉS, Juan. (2009): “El infinito Galeano”, en *La Jornada Semanal* N.º 737, México.
- BACZKO, Bronisław (1984): *Les imaginaires sociaux. Mémoire et espoirs collectifs*. París: Payot.
- CABROL, Gloria. (2009): “La crónica: un modo de narrar Latinoamérica”, en *Actas del VII Congreso Internacional Orbis Tertius “Estados de la cuestión”*, La Plata [en línea] <http://unlp.edu.ar/>.
- CAPARRÓS, Martín. (2007): “Por la crónica”, en *Actas del IV Congreso Internacional de la Lengua Española*, Cartagena [en línea] <http://congresosdelalengua.es/>.
- FOCAULT, Michael. (1999): *La verdad y las formas jurídicas*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- GALEANO, Eduardo. (2000): *Días y Noches de amor y de Amor y de Guerra*. Barcelona: Laia.
- (1997) “Memorias y Desmemorias”, *Le Monde Diplomatique*, edición española julio-agosto.
- HALBWACHS, Maurice. (2004): *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HOBBSAWM, Eric (1998): *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- DE ARRIBA, Laura. (2008): “El arte de narrar: El Interior de Martín Caparrós”, en *Actas del 10º Congreso REDCOM “Conectados, Hipersegmentados y Desinformados en la Era de la Globalización”*, Salta [en línea] <http://ucasal.net/>.

- MARTÍN-BARBERO, Juan. (2001): "Medios: olvidos y desmemorias. Debilitan el pasado y diluyen la posibilidad de futuro", *Ciberlegenda* N.º 6, Brasil [en línea] www.uff.br/ciberlegenda/.
- MUDROVCIC, María Inés. (2005): *Historia, Narración y Memoria*. Madrid, Akal.
- REGUILLO, Rossana. (2000): "Textos fronterizos: la crónica, una escritura a la intemperie", *Diálogos de la Comunicación* N.º 58, Perú. pp. 58-66.
- REYERO, Alejandra (2007): "La fotografía etnográfica como soporte o disparador de memoria. Una experiencia de la mirada", *Revista Chilena de Antropología Visual* N.º 9, Santiago de Chile, pp. 37-71.
- SALAZAR, Jezreel (2005): "La Crónica: una estética de la trasgresión", *Razón y Palabra* N.º 47, México, pp. 53- 67.
- SILVA, Armando. (2000): *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo.